

resuello... ¡Ay, si no fuera mi padre...! Entre dos avemarias, pronunciadas á media voz, me dijo: «Tito, ¿te encuentras bien? ¿Has podido dormir?»

—Sí, padre; he dormido. Estoy tan bien, tan bien, que ya se me han quitado todos los males, y me siento tal y como fui en mis días de fuerte salud, enteramente *comutativo y bilateral*.» El pobre señor no me entendía, y siguió despachando su tercio de rosario.

## XV

A poco de pasar de Burgos, envainó mi padre su rosario suspirando ya por la llegada, y aunque sobraba tiempo, dióme prisa para que recogiera nuestros bultos y paquetes. «Por Dios vivo, Tito, no se nos quede algo.» La señora guapa se arregló la cabeza y pareció dirigiéndonos una mirada que me pareció precursora de inteligencia. Sin duda le supo mal el quedarse á media miel cuando el despertar de mi padre cortó bruscamente la volcánica declaración que yo empecé á espetarle. «Hasta que pase Santa Olalla no hay prisa—nos dijo; y en su acento creí notar cierta dulzura que á mí solo dedicaba. Llegamos, y al ponerse en pie la señora para salir vi con espanto que era coja, pero de una cojera de solemnidad, pues tenía una pierna de palo, y se ayudaba de un bastón... En ninguna de mis conquistas, tuve tan

*mala pata*... Hice como que no me enteraba, y extremando mi finura y prodigando las expresiones más corteses, la ayudé á bajar del coche. Los demás viajeros seguían durmiendo profundamente. El frío era intensísimo... De mi brazo pasó la dama coja á los brazos de personas que la esperaban... Mi padre saludó á un cura, y luego al dueño de los coches que llevaban diariamente el correo desde Bribiesca á Medina de Pomar, pasando por Oña, nuestro pueblo... Descansamos; amaneció, y ¡al coche...! Antes de los diez estábamos en la risueña y monacal villa de Oña, donde me crié, y con las primeras travesuras realicé mis primeras infantiles conquistas.

Declaro que me rejuvenecí y me fortifiqué con sólo pisar el suelo de aquella villa guardadora de mis dulces recuerdos. El convento de benedictinos con su iglesia y claustros y frondosas huertas, que conservaban aún á mi parecer la huella de mis zapatitos agujerados á poco de estrenarlos, renovaron en mi espíritu las alegrías de la niñez. Con placer indecible me recreaba en las verdes orillas del río y en los embalses de cristalinas aguas que los frailes tenían para sus recreos de natación y pesca... La menguada población me divertía menos. En el tiempo que yo faltaba de allí, aumentado había el rebaño de curas; la beatería del vecindario era ya un estado epidémico... Para mí, pasar de Madrid á Oña era como saltar de un planeta á otro. Mi padre, que con tanto desprecio y horror

hablaba de los *miasmas* de Madrid, no se daba cuenta del aire espeso de fanatismo que allí respirábamos. Felizmente, corta sería nuestra estancia en Oña, y cobrados unos cuartejos de la renta de dos casuchas y tierras pobres, seguiríamos hasta Durango, donde mi padre, desde su viudez, vivía con mi hermana Trigidia (nombre de una santa oñense), bien casada y establecida.

Con mal tiempo y buen humor, metidos mi padre y yo en vehículos que variaban de lo malo á lo pésimo, emprendimos la peregrinación hacia Frías; de allí por el valle de Tobalina seguimos á Miranda de Ebro, donde nos detuvimos para pasar un día con mi hermana Pascuala. De Miranda seguimos en tren hasta Vitoria, y otra paradita, pues mi padre no pasaba por allí sin visitar á sus parientes los Pipaones y Suredas, todos redomados carcundas. La última etapa fué de Vitoria á Durango, por Ochandiano, paso de la Peña de Amboto... Y héme aquí, lectores que bondadosos me seguís de mazo en calabazo, héme incrustado en una sociedad de sentimientos y pensamientos tan opuestos á los míos, que me tuve por transportado, no digamos que á otro planeta, sino al más lejano de los mundos siderales. Vivía mi hermana en casa holgona, del tipo más patriarcal. Su marido, Ignacio Zubiri, estaba ausente. Guardábase en la familia cierto misterio, que al fin descifré suponiéndole en la facción. Fruto lozano de este matrimonio eran tres chicos sonrosados y mofletudos. Trigidia se

alegró mucho de verme; como mi padre, celebraba que me hubieran traído del infecto ambiente de Madrid á la sanidad de los valles risueños entre montañas. Halagado de la buena vida material, yo simulaba un apego mansurrón á la verde Vasconia.

La verdad, yo comprendía y admiraba las sólidas virtudes de la raza, su contumaz apego á la tradición, cualidad meritoria cuando sirve de punto de partida para el progreso, como acontece en Inglaterra; me agradaba la lealtad de los hombres, la lozanía de las mujeres; los alimentos eran muy de mi gusto: la rica ternera, el pescado que los más de los días traían de Mundaca ó Elanchove, las gallinas, patos y abundancia de verduras que mi hermana recibía diariamente de sus caseríos. Las borrajas, las habas, nabitos, y cuanto constituye la nutrición castiza en el país, satisfacía mi paladar y me restauraba el estómago, tan necesitado de vida nueva. Lo que no me entraba ni con escoplo era el habla. Toda mi atención no era bastante para entenderla, y ni el oído ni la mente podían habituarse á tan archiengorrosa cháchara. Mayormente me afligía ver en el vascuence un valladar, un tremendo aislador para todo amoroso intento. Siempre que inicié la conquista de alguna garrida hembra campestre ó frescachona criada, el maldito lenguaje me descomponía y me desarmaba, pues ni yo les entendía una palabra, ni ellas á mí más que si les hablara en lengua chinesca.

En aquel pueblo y en ambiente tan apropiado á un espíritu enteco, vivía mi buen padre como si estuviera en las antecámaras del Paraíso. Desocupado y con sus cortas necesidades satisfechas, vegetaba y dormitaba como un bendito á la sombra del dogma, que en aquel país es como una bóveda solemne que protege y abriga las almas. En su credulidad candorosa, el pobre don Matías Liviano y Pipaón no veía nada más allá de su vivir cómodo, en lo material, y de su pensar estrecho dentro de la elemental esfera religiosa. «Así lo encontramos y así lo hemos de dejar, hijo mío», era su única réplica cuando yo me permitía deslizar en su oído alguna observación conforme á mis ideas. Viéndole tan tranquilo, tan feliz dentro de su redoma, me parecía crueldad impertinente contrariarle. Si le hubiera dicho que no creo en el Infierno, le habría ocasionado tal vez un catarro gástrico, tal vez un ataque á la cabeza; que su flaca salud pendía de cualquier disgusto. Si yo le hubiera dicho que el Purgatorio no es más que un establecimiento industrial y mercantil, de cuyos pingües rendimientos se nutre el cuerpo de la Iglesia, el choque de mis ideas con su inefable quietud le habría quizás provocado un torozón que le llevara al otro mundo. Y aunque él creía tener asegurada la gloria eterna, por el pronto le iba bien aquí con las borrajitas, las habas, la merluza en salsa verde, los pichones y las sabrosas sardinas de Elanchove.

Por esta causa, yo no me metía en discu-

siones con él ni con mi hermana, ni con ninguna de las personas que á casa concurrían. Y aún le guardaba la fina consideración de acompañarle en sus frecuentes visitas á Santa María, seguidas de inmersiones larguísimas en la casa del cura, vicario ó arcipreste que en aquella santa iglesia gobernaba, con otros, las almas duranguesas. Para sobrellevar tan fastidiosos plantones no tenía yo paciencia, y esperaba al santo varón paseándome en el espacioso atrio de la iglesia, donde me entretenía viendo salir y entrar chicas guapas, no por beatitas menos interesantes.

Buena parte del tiempo que allí me sobraba, invertía yo en pasearme por las anteiglesias ó pueblecitos que rodean la villa. A todas las mujeres que encontraba les pedía plática, con idea de ejercitarme en el vascuence, lengua preciosa, les decía yo, que deseaba poseer...; como que mi estancia en Durango no tenía más objeto que aprender el idioma vasco. Ya poseía veinticuatro lenguas, entre ellas todas las orientales, y además el catalán y el chino. Con estas y otras sutilezas iba entrando en la confianza de ellas, y como ya sabía no pocas frasecillas eúskaras, me divertía, bromeaba, y con alguna logré asomos de intimidación, que andando días llegaron á mayores, proporcionándome sabrosos ratos á la sombra de espesos laureles ó nogales.

Fuera de estos experimentos hartos arriesgados y de compromiso, vivía yo confinado en la desabrida normalidad de la casa y sociedad de mi hermana, rezando el rosario con

mi padre, oyendo la cancamurria de los ojalateros que le hacían la tertulia, ó el relato de lo que ocurría en la facción lejana. Mi único recreo, las más de las tardes, era jugar á la pelota con mi sobrino mayor y otros chiccarrones del pueblo, en el trinquete próximo á *Barrencalle*, donde vivíamos.

Por las noches, arrimados á la lumbre si hacía frío, ó reunidos en la sala baja, había de aguantar el chaparrón de la ojalatería carlista, que ni poco ni mucho me importaba. Ello era como vivir en un Limbo todo tristeza nebulosa, y ya me cansaba ¡por Júpiter! tan miserable vida. Los asistentes á la casa eran vecinos de mi hermana y amigos de su marido, algunos curas que olían á pólvora, y hombrachos aguerridos que apestaban á incienso.

Una noche vi á mis buenos ojalateros tan movidos al optimismo, que hube de prestar más atención á sus ardorosos comentarios. Según noticias mandadas con un propio por mi cuñado Zubiri desde Lecumberri, donde á la sazón estaba, el grito se daría muy pronto en la frontera de Navarra, proclamando la Monarquía Cristiana y su cabeza don Carlos, *alias* Duque de Madrid, nieto del glorioso don Carlos María Isidro. Habían concluido, pues, las vacilaciones entre los consejeros del Rey; ya los Elíos, los Radas del orden militar, los Morales y Manterolas del civil y eclesiástico, habían superpuesto su opinión guerrera á la de los Necedales y Canga-Argüelles que en los ocios de Madrid predicaban

la paz. Ya el hijo de cien reyes, por la recta línea masculina, desenvainaba el acero, y seguido de sus leales, pasaba la raya de Francia, y con bravura y ardor repetía la frase guerrera del comunero episcopal Acuña: *¡Adelante mis clérigos!*

La buena sombra, que á todas partes me acompaña, deparóme un amigo, cuya compañía y grata conversación suavizaban la rigidez monotonía de mi vida en aquellos días de Mayo. Era el tal un donoso cura, don José Miguel Choribiqueta, rector de la iglesia de San Pedro de Tavira, viejo ya el hombre y cascado, algo enfermo de los ojos, que recataba con vidrios verdes, carácter jovial, ameno y comunicativo. Asistente por rancia costumbre á la tertulia de mi hermana, se aburría como yo de las ojalaterías enojosas, y me hacía el favor de sacarme de paseo por las alegres campiñas. En cuanto le traté, vi en él á uno de esos hombres que, habiendo realizado en la plenitud de la vida lo que le imponía su conciencia, llevando á la esfera de los hechos su fe, su valor y su buen criterio, miraba con desdén á los que imitar querían en peores tiempos los mismos actos y las mismas virtudes, ó lo que fuesen. Don José Miguel, héroe de la *otra guerra*, no podía desear la idea de que lo pasado fué mejor, ni admitía que hubiera dos epopeyas en un mismo siglo.

«A solas con usted, señor don Tito—me decía en castellano corriente, aunque un poco turbio,—me reiré de estos majaderos, que

quieren repetir... ya, ya... para repeticiones estamos. Aquellos eran otros tiempos, aquellos eran otros hombres... Dígame usted, señor don Tito, qué guerra pueden hacer, ni qué laureos conquistar Fulgencio Carasa y Jerónimo García...

—No les conozco, amigo mío, y esos nombres escucho ahora por primera vez.

—Pues no pierde usted nada con no conocerles... Como si el mandar tropas fuera cosa de juego... Oiga usted. Yo mandé tropas desde el 33 hasta el convenio de Vergara, que Dios confunda; yo tengo mi cuerpo lleno de agujeros, cicatrices y costurones. Yo...; no es que yo lo diga... Ahí están los partes de la campaña, desde el gran Zumalacarrégui hasta el bribón de Maroto;... en algún archivo estarán;... véanlos... Pero no hablemos de mi humilde persona. Yo le pregunto á usted si puede esperarse algo bueno de Jiménez de Rada, que fué liberal y conspiró con Prim para traer la Revolución llamada de Septiembre... ¿Se concibe, pregunto yo, que Valdespina pueda hacer algo? ¿Y de Calderón qué me dice? ¿En Elío tiene usted confianza?

—Yo, ninguna. No les conozco siquiera...

—Y puesto á comparar, mi señor don Tito, diré á usted en confianza que entre este reyezuelo, y aquel otro respetable y sentado cristianísimo monarca don Carlos María Isidro hay alguna diferencia... me parece á mí... Y dígame ahora, hágame el favor, dígame: ¿Dónde tenemos un Zumalacarrégui, un Villarreal, un Gómez, un Zariátegui, un

Cabrera?... En cambio veamos los que han salido á la palestra... ¿Pero no se ríe usted? Yo me descuajo de risa. Han salido armados de punta en blanco, Canaelechevarría y Solís, dos clerigachos guerniqueses, que no pueden ni con el hisopo... Le digo á usted que esto es un paso de comedia... También ha ido el danzante de Urraza, síndico del Ayuntamiento... Y ahora, mi buen don Tito, no se enfade si le digo que su cuñado de usted, el marido de Trigidia, Ignacio Zubiri, que anda no sé por dónde haciendo el papelón, es un calzonazos que se asusta de ver pasar un conejo... ¡Bonita guerra nos traerán, bonita! Yo barrunto que éstos van á su negocio... Guerra y guerra de figurón, para luego venderse al Gobierno de Madrid, y pescar grados y galones. Otra vez el infiel Maroto que vendió como carneros á los hombres de fe, á los guerreros cristianos de España... ¡Oh, España! ¿Quién te sacará de esta miseria?... Los leones que pelearon en aquella soberbia campaña, ó se han muerto, ó están como yo con una garra en la sepultura. Nuestro galardón no está aquí sino allá—añadió con solemnidad señalando al cielo con su cayada.—Dios nos acoge en su santo seno, y dice á estos malos imitadores: «Mequetrefes, no intentéis lo que es superior á vuestra flaqueza. Dejad las armas hasta que me plazca resucitar á mis hombres, y les mande á defender mi causa.»

En otro paseo, oyéndole los mismos ó parecidos razonamientos, le dije: «Según veo,

esto será nube de verano, y todo acabará en corto tiempo, por la poca lacha de la gente nueva y el abandono del Gobierno...

—No se duermen, no, los fantasmones de Madrid. Ya tiene usted á Serrano en campaña. Ayer estaba en Tafalla... ¡Por mi patrón San Miguel, que no me dieran á mí más trabajo que hacer polvo á esos Serranos y á esos Moriones, generales de teta, que aún no han llegado á la dentición militar! Oiga usted, amigo: En uno de los encuentros que tuvimos con los cristinos al retirarnos de Peñacerrada, no copamos á Espartero porque el General Guergué, que entonces nos mandaba, no hizo caso de mí, que á cada momento le advertía sus errores tácticos. Y á pesar de ello, supe arrollar al entonces coronel don Juan Zabala, matándole mucha gente, y al maldito Zurbano le tuve cogido... Fué cuestión de minutos, señor don Tito;... debió la vida suya y la de su tropa al socorro que le dió de improviso el General Rivero... Pues verá usted otra: Días adelante, mandaba yo la Caballería del General don Julián Alzáa... No tiene usted idea de las palizas que le di á Zurbano en Arechano, en Gamarra y en otros lugares de Alava... Pues digo, también el General León me conocía... Menudas cargas nos dimos, y si los falsos historiadores le dicen á usted que en Belascoáin quedó vencedor el Leoncito, no lo crea usted. El vencedor fué este cura.» Dijo esto puesta la mano en el pecho, parándose, con lo que dió á su figura un aspecto estatuario.

—Ha sido usted un héroe, señor Choribiqueta—le dije poniendo en ojos y boca todas las formas de admiración.—He oído que también estuvo usted en Ramales y Guardamino.

—Allí estuve... ¿Cómo no? Bien armada se la teníamos á Espartero. Pero la cobardía de Maroto nos birló la victoria... El tal Maroto, desde los fusilamientos de Estella... y yo fui de los que escaparon de milagro... venía tramando su infame traición al Rey legítimo. Bien nos la jugó á todos. Yo he servido á la causa de Dios desde sus comienzos hasta que Maroto nos vendió miserablemente en el llano de Vergara. En el Infierno está pagando su culpa... Yo he servido á las órdenes de Zumalacarregui, de Villarreal, de Cástor Andéchaga, del Conde de Negri, de Guergué y de otros guerreros abnegados y valientes; serví y luché sin ambición, despreciando ascensos, despreciando pagas, comiendo un pedazo de pan y unas habas mal cocidas después de veinte horas á caballo, ó de medio día de combate; yo no miré jamás á ninguna ventaja temporal; no miraba más que á Dios y á su santa doctrina... Cuando salí de mi casa para entrar en la facción, llevaba en mi cinto sesenta y cinco duros, y cuando á mi casa volví después de la traición de Vergara traía dos pesetas en plata, y otra, ó poco más, en calderilla...

—¡Bien por los hombres valientes y honrados—exclamé—que sacrifican á una finalidad altísima la conveniencia personal y la

propia vida!... Y ahora, don José Miguel, me va usted á permitir que le haga una pregunta: Cuando, terminada la campaña, dejó usted la existencia militar para restituirse á la eclesiástica, ¿no sintió en su alma los efectos de transición tan violenta?... Yo me figuro que usted no sabría ya ser cura...; vamos... que se le habría olvidado hasta la misa, el modo de decirla... y el rosario y las preces más usuales.

—Le diré á usted. Cuando á mi pueblo y hogar volvía, con la pena del convenio, deshecha y arrojada en el polvo la causa de Dios, venía yo pensando eso mismo que usted dice, que se me había olvidado todo el ritual... Pues verá usted, señor don Tito: yo fui siempre especial devoto de la Purísima Concepción. La Dulcísima Señora, San Miguel Arcángel y el Señor San Pedro, fueron y son mis abogados así en la guerra como en la paz. A la Reina de los Angeles me encomendaba yo en todos mis aprietos, y con su amparo y el de los santos que nombro, salí felizmente de todos los peligros... Como digo, venía yo mustio y desconsolado en un jamelgo que me proporcionó el cura de Placencia, y al divisar la torre de mi pueblo querido, se me ensanchó el corazón..., me entró en el alma una luz celestial, y volviendo toda mi voluntad hacia la Purísima Señora, le pedí que á la memoria de su siervo humilde volviera todo lo que pudo olvidar en los trajines de la guerra... Fué para mí aquel momento el más solemne de mi vi-

da, puede usted creerlo, momento en que me sentí comunicado con la Virgen Santísima, y con mis celestiales patronos... Esto no lo comprenderá usted, esto no está al alcance de las personas de fe poco ardorosa. Pues bien, llego, me desmonto del rocín, me quito las espuelas, y entro en la iglesia. Lo mismo fué verme bajo la bóveda oscura, que recordar de golpe lo que había olvidado. Mi memoria se vació de todo lo de la guerra, y se llenó de todo lo eclesiástico, ¡Virgen Inmaculada, qué cosas! Lo que usted oye... A la media hora de mi llegada, me revestí y salí á decir mi misa.»

## XVI

Me entretenían lo indecible las conversaciones con el amable cura, tipo singular del más violento hibridismo que puede ofrecernos la naturaleza humana. Sólo España, fecunda en ingenios, en héroes, en santos y en monstruos, nos da estos engendros de la razón y la sinrazón, de la fe mística y el orgullo marcial fundidos dentro de una alma.. Y debo añadir que el bravo veterano Choribiqueta era en su vejez un venerable padre de almas, que cumplía sus deberes escrupulosamente y ejercía la caridad con verdadera efusión cristiana.

Tanto como me agradaba la épica historia del clérigo y su franco carácter, picante mix-

tura de lo divino y lo humano, me entristecía la sociedad de mi casa, donde se oía tan sólo el áspero zumbido de los ojalateros, y el comentar de verídicos ó fantásticos incidentes de una guerra lejana. Iban y venían emisarios, llevando masas de juventud y trayendo noticias de las gestas de Navarra. También se hablaba de política ó sucesos de Madrid, afeándolos con groseras burlas. Había caído el Gobierno de Sagasta, por la porquería de dos millones que el Sagasta y un tal Romero habían sustraído de la caja del Tesoro público para llevárselos á sus propias cajas. Decíase que si los gastaron en elecciones; que en Madrid, el dinero es el mejor cebo para pescar votos; que si los gastaron en comilonas y regalos á señoras guapas, cosa en Madrid corriente por ser pueblo de continuos festejos y cuchipandas... En las Cortes se armó tal rifirrafe por este alivio de dos millones que hicieron al Tesoro los indignos administradores del procomún, que el Gobierno se tuvo que retirar, lavándose las manos con el agua del río Manzanares, que es agua muy sucia... Naturalmente, vino otro Gobierno, con el indispensable Serrano al frente, llevando de compañeros á Topete, á un señor Ulloa, á otro que llamaban Candau, á un tal Elduayen y á otro que respondía por Balaguer. Estos señores, salvo Serrano y Topete, que con Prim componían la trinidad revolucionaria, eran para la gente duranguesa muy conocidos en sus casas.

Corrió Serrano á Madrid á tomar posesión

del mando político, y encargando al Topete que le hiciera la vez, como cabeza del Consejo de Ministros, se volvió al campo de la guerra... En tanto, mi padre, mi hermana y otras personas que por su metimiento en la casa eran como de la familia, apartaban á ratos su atención del grave negocio bélico para ocuparse de mí. Queriendo resolver de golpe y porrazo el problema de mi vida y asegurarme la felicidad, decidieron casarme... ¿Con quién? Con una zagalona, más alta que yo en media vara, llamada Facunda, hija de un pariente de mi cuñado Zubiri, y heredera de cuatro caseríos de valor, según dijeron, situados en la risueña vega que fertiliza el río Durango. La que me destinaban para compañera de mi existencia en todo lo que ésta me durase, era... Dejadme tomar resuello, que esto es muy grave.

Era una muchachona desgarbada, más sosa que las calabazas que á mi parecer crecen á la puerta del Limbo; tan cerrada en el habla vascuence, que apenas podía decir en castellano frases premiosas, trabucando los casos, descoyuntando la sintáxis como lo harían los mismos demonios. Desde que la vi, me fué atrocemente antipática, por su ceño displicente, la sequedad de su trato, y algo que en ella noté, como sombra ó trasluz de un brutal fanatismo. Casándome con ella, según me manifestó mi padre en una sesuda conferencia, sería yo poseedor de cuatro caseríos, dos de ellos en Santa Polonia, lo más hermoso de la vega de Durango, otro en Mal-



espera, y el cuarto en Leguineche. El cuidado de mis tierras y ganados acabaría de limpiar mi cabeza de los *miasmas* cerebrales, que me habían puesto al borde de la locura en la mil veces endemoniada Villa y Corte. Aunque estos proyectos y augurios me desconcertaban, fingí conformidad con la idea paterna, esperando que algún inopinado quiebro de mi destino me sacara de aquel compromiso sin oponerme derechamente á los planes del pobre viejo.

Los padres de mi novia eran admirable pareja para representar como maniqués vestidos el tipo eúskaro en un museo etnográfico. Con ambos hablaba yo mediante intérprete, pues sólo jirones desgarrados del idioma castellano les habían entrado en la mollera. El padre pareció mirarme con simpatía y alegrarse de tenerme por yerno: dijo que siendo yo persona de mucha lectura y escritura, podía enseñar algo á la chica que se conservaba cerril. No le habían enseñado más que á rezar y á escribir y leer torpemente. Era un ángel, eso sí, muy buena y obediente; sabedora de todas las artes caseras, y tan excelente labradora del campo que valía por dos hombres de los más fornidos. La madre no fué, á mi parecer, tan propicia, y puso el reparo de mi corta estatura, por lo cual no haría buen ayuntamiento con la yegua que el Cielo le había deparado por hija... También la chica, mi novia ó prometida, Facunda Iturri-galde (allá van nombre y apellido), me molestaba por chiquitín; la risa no iluminaba su

rostro inexpresivo y mosfetudo sino cuando se hablaba de mi corta talla, y algo decía en vascuence que hacía reír... Era sin duda un concepto semejante al de *La Niña boba*, de Lope, cuando le presentan el retrato de medio cuerpo del novio que le destinaba su familia: *Eso es no tener marido—siquiera para empezar.*

Esto me ofendía. Pues una tarde... Dejéme tomar otro aliento, que esto es gravísimo. Una tarde, digo, iba yo acompañando á mi novia desde Durango á Santa Polonia. Una fatalidad benigna nos dejó solos, pues los padres iban delante con el carro cargado de aprestos de fábrica, herrajes, maderas, para una obra que habían emprendido en la mejor de sus casas. Charloteaba yo con Facunda, dándole lección de lengua castellana, y obligándola, con insistencia de dómine, á repetir temas y conceptos de uso constante en la conversación. A propósito estiraba yo mi acción escolar para retrasarnos en el camino y ponernos á mayor distancia de los padres. Dos criados que nos seguían con un borrico, cargado también de material, pasaron delante de nosotros, y en esto, atardeciendo, atravesamos un grupo de nogales que con su sombra anticipaban la noche y convidaban al descanso. Díjome Facunda que aquellos nogales y otros que más allá se veían eran suyos. Entróme con esto un vivo afán de posesión de la tierra y de lo que no era tierra. Y pues ésta y los ganados, el fruto vegetal y la carne animal habían de ser

míos, bien podía tomar posesión de todo en aquel mismo instante.

Apenas pensado el propósito mío de hacer efectivos mis derechos, acudí á la práctica, declarando á Facunda la pasión violentísima que el lugar sombrío y apacible, el sosiego del campo y la hermosura de ella levantaron al modo de tempestad en mi alma. Observé que mis palabras ardientes en castellano declamatorio, parodia de las famosas endechas de don Juan Tenorio en el sofá, la impresionaron hondamente y la movieron á estupor y curiosidad seguida de infantiles risotadas. Estimando la actitud de Facunda como un principio de consentimiento, me lancé de las palabras fogosas á los actos atrevidos... Echéle los brazos, y ello fué como si el algodón quisiera ceñir y sujetar el acero. Facunda, sin dejar de reír como una chicuela, se defendió de mí con rápida zancadilla. Caí al suelo en postura poco airosa... Quise levantarme... Facunda con vivo juego de infancia campesina, me volvió á dejar tendido y sin gobierno de mis piernas, y cuando yo, vencido y maltrecho, pedía misericordia, me increpó y vilipendió con horroroso traqueteo de frases de burla en vascuence. Comprendí que jugaba conmigo, y que celebraba con algazara jocosa el triunfo de su fortaleza sobre mi debilidad miserable... Terminó el juego desliándose de la cintura un cordel y atándomelo al tobillo sin que yo pudiera evitarlo... Me ayudó á levantarme, y arreándome con su varita, me llevó por delante. No me

quedaba otro recurso que aceptar el juego y seguir la broma. De la boca de Facunda salió una frase que me dolía más que la caída y los varetazos. Haciéndome el tonto, y fingiendo alegría, traduje á mi modo la frase. Creo que no era infiel esta versión: «Vean, vean, el cochinito que he comprado en la feria... A mi casa lo llevo... Tres duros me costó... Engordarélo para San Martín. Cochinito, arre...; arre, *charrichu*.»

Llegué al caserío renegando de las bromas de la zángana Facunda, aspeado de la prisa con que me llevó haciendo el *charrichu*. Quisieron los padres que me quedase á cenar con ellos; mas yo, pretextando quehaceres en casa y órdenes de mi hermana, me volví á Durango por el mismo caminito llano, á trechos sombreado por nogales corpulentos. Si aquellos hermosos árboles no me fueron propicios, otros más arrimados al monte habían sido mis sagrados bosques cithereos, y váyase lo uno por lo otro. Yo podía vanagloriarme de más de tres y más de cuatro conquistas en la soledad nemorosa.

Añado ahora, como dato interesante, que después de mi frustrado ataque á la virtud de Facunda, ésta empezó á mostrarme afición, y á gustar de mi compañía y lecciones; ya no se burlaba de mi estatura mezquina, ni me daba á entender que era poco hombre para su corpulencia. Esto me envanecía; mas no cambiaba mi invencible repugnancia de hacerla mi esposa, por incompatibilidad ó desproporción muscular y sanguínea. Bestias

había yo conocido que no me desagradaban. Bien vengas, bestiezueta, para el amor, mas no para el matrimonio.

A los tres días de hacer yo el cochinito, supimos que en un lugar de Navarra llamado Oroquieta, había dado el General Moriones un tremendo palizón á los carlistas, echándolos á la frontera con su iluso rey, desvanecido por la adulación de sus prosélitos montaraces, y por el estímulo de las plumas y voces que en Madrid movía la turba de neocatólicos y tradicionalistas hidrófobos, explotadores de la religión como resorte de absolutismo. El desconsuelo y turbación que tal noticia produjo en la villa de Durango, y marcadamente para mí en nuestra tertulia ó cabildo de ojalateros, ignorantes de cuanto concierne á gobierno de pueblos y al fuero de ciudadanía, no es para referido. Unos clamaban, otros gruñían... Llegó mi cuñado Zubiri, desarmado, rabioso, sin que la vista de su hogar y de su familia le consolase del porrazo recibido en lo más delicado de su amor propio y en lo más duro de su barbarie.

Por no desentonar en el coro, yo me mostré afligidísimo, como si la derrota de Carlitos VII me quitase la breva de ser su Ministro Universal; mi padre era la imagen de la consternación parálitica y estupefacta, cual si oyera el son terrorífico de las trompetas del Juicio final. Todos se hallaban igualmente cariacontecidos, incluso el cura Choribiqueta, aunque éste lo hacía por comedia, pues cuando salimos, y á discreta distancia

de mi casa nos hallamos, rompimos los dos en la misma exclamación: «¡Tenía que suceder!» Sin disimular su alegría, el valiente clérigo me dijo: «¿Estaba yo en lo cierto, querido Tito? ¿Se puede esperar algo de un Carasa, de un García, de un Urraza? ¿Cabe en lo humano que nos traigan la Monarquía de Dios las cabezas más vacías que tenemos en nuestra tierra?... Amigo, cada día me encontrará usted más aferrado á mi tema. Dios no quiere que haya dos epopeyas dentro de un siglo.

—En el otro será, don José Miguel.

—En el siglo xx resucitaremos..., lo creo como si lo estuviera viendo...; resucitaremos los soldados de la fe para traer á España el Reino de Dios.»

Por la tarde fuí con mi padre á visitar al amigo Choribiqueta, que á la hora de ritual nos dió chocolate con exquisitos bizcochos. Y tomando los tres el Guayaquil, repitió don José Miguel los solemnes conceptos sibilíticos que había expresado ante mí... Entusiasmado quedó mi buen viejo, y no sentía sino que él no fuera también resucitado para ver la maravilla del siglo xx. Al volver á casa, le vi engolfado en soliloquios que eran destellos de la misma idea consoladora... Llevándome á su cuarto á la hora de acostarse, tomó el tonillo más patético y dulce para decirme: «Tito, hijo mío, ya que trayéndote á esta tierra de la virtud y de la fe, te hemos curado de tus desvarios, yo te ruego que apliques tu ingenio y dotes oratorias á ilustrar á

estas buenas gentes sobre aquel punto de la venida del Reino de Dios. Tus ideas han cambiado de una punta á otra del pensamiento. Eras hereje, y herejías y locuras y pestilencias predicaste. Hoy eres creyente y acatas la ley divina. ¿Qué trabajo te cuesta regalarnos con un buen discurso que instruya y consuele? Yo me he cansado de decir á todos los amigos de acá que eres un verdadero pico de oro, que en Madrid entusiasmas, y que alguna vez te sacaron en hombros tus oyentes. Pues si tales triunfos obtenías cuando predicabas la mentira, ¿qué tendrás ahora, reformado y arrepentido, proclamando la verdad? Yo, sin esperar tu consentimiento, he dicho que mañana por la noche nos darás una conferencia en la sala de esta casa, que es bastante capaz... No, no me vengas con repulgos, ni arrumacos de falsa modestia. No, Tito;... yo he anunciado la plática tuya, y no has de dejar mal á tu padre. Di que sí. Tienes la noche y todo el día de mañana para prepararte. A más de los amigos, que ya están en el ajo, y esperan la función como pan bendito, convidaré á las personas principales del pueblo, sacerdotes, señoras..., señoritas...»

No dijo más. Lo pensé un instante, y accedí, representándome la sala, mi sermón, mi triunfo...

## XVII

A continuación verás, oh lector amable y socarrón, mi formidable discurso, precedido de un ligero introito descriptivo... Mi hermana y mi padre se encargaron de colocar á los caballeros y señoras en ringleras de sillas puestas en tres lados de la sala, dejando la cabecera de ésta para las personas de más viso, y para desahogo del orador. Yo improvisé una tribuna con tres sillas cuyos respaldos me separaban del público, ofreciéndome apoyo y resguardo. Con cuquería teatral me abstuve de aparecer ante mi auditorio hasta el momento de comenzar mi oración. Desde la puertecilla por donde había de entrar miré y examiné á mi público, conforme se iba instalando. Vi señores acartonados, predominando los narigudos sobre los chatos, serios todos como si estuvieran en misa; vi á la derecha, en el término más lejano, señoras gordas, señoras flacas, algunas de buena presencia y aire aristocrático dentro del tipo lugareño. En la primera fila lucía un grupo de tres damas, una de ellas muy aventajada de pechos, la cara bonita. Vestían todas de negro, con excesiva honestidad, pues apenas dejaban ver el cuello carnoso. Sobre la obscura vestimenta se destacaban escapularios y medallitas. Gente aldeana de ambos sexos ocupaba las filas me-